

SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE

MIGUEL DELIBES

---

Universidad de Salamanca, 15 de julio de 2021

 DISCURSO DEL DR. MIGUEL DELIBES

Es obligado, y sumamente grato, comenzar manifestando mi satisfacción por estar hoy aquí. Y de la mano, agradecer su dedicación y esfuerzo a cuantos lo han hecho posible, que no son pocos. Por supuesto, al Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca, y asimismo al Rector y los Vicerrectores, que aceptaron la propuesta de honrarme con el nombramiento de Doctor Honoris Causa. Pero también, y más aún, a quienes tuvieron la idea de proponerme, en particular mi colega, amigo y hoy padrino, el profesor Miguel Lizana Avia, y con él el Departamento de Biología Animal, Parasitología, Ecología, Edafología y Química Agrícola de la Facultad de Biología.

Durante lustros, he sido invitado a menudo por el citado Departamento a dictar clases en cursos de Maestría y Doctorado, o simplemente conferencias, así como a participar en tribunales de tesis, y siempre lo he disfrutado. Hace algunos años, en una de esas visitas, me mostraron al lince ibérico tallado, junto al cangrejo y el astronauta, en la restaurada Puerta de Ramos de la Catedral Nueva. En otra ocasión, o tal vez en la misma, coincidí con las fiestas de la ciudad, en septiembre. A la caída de la tarde, cumplida mi tarea, los profesores Lizana y Peris me llevaron de vinos y tapas a las casetas feriales. Yo había trabajado algunos años en la Amazonía brasileña y Salvador Peris lo estaba haciendo entonces en el Chaco paraguayo. Disfrutamos conversando de la asombrosa naturaleza sudamericana, y Salva me invitó a viajar con él a Paraguay. No tuvimos ocasión de hacerlo. Primero sufrió un grave accidente y luego nos dejó mucho antes de lo que hubiera debido, consternando no solo a sus amigos, sino a toda la familia naturalista ibérica. Hoy, en este momento gozoso, quiero recordarlo como se mostraba aquella noche: apasionado, entusiasta, jovial.

Dictar clase en la Universidad de Salamanca, ¡ahí es nada! A quienes lo hacéis día a día puede pareceros normal. Pero doy fe de que cuantos venimos de pascuas a ramos percibimos sobre nuestros hombros, cada vez que lo hacemos, los ocho siglos de historia de esta institución. ¡Cuánto, y cuán largo, esfuerzo por conocer!

Algunos de los cursos referidos se inauguraron en esta vieja universidad, en las venerables aulas de la planta baja. Aquí cuesta arrancar a hablar, como se demuestra hoy. Se diría que el propio aire pesa, colmado como está de tradición y sabiduría. Tan solo acercarse al Patio de las Escuelas, bajo la vigilante mirada de Fray Luis de León, impone.

De niños, en ocasionales viajes a Salamanca desde Valladolid, nuestros padres nos traían de paseo, llamándonos la atención sobre el simpar color dorado y rosa de la piedra franca salmantina y desafiándonos a encontrar en la majestuosa fachada plateresca a la pequeña rana de la fortuna. Alguna vez, mis anfitriones me han guiado por la escalera “de la vida” para mostrarme la Biblioteca, con sus artesonados mozárabes y la espectacular librería barroca. Y en más de una ocasión me han regalado un pisapapeles con la célebre Cédula anunciando excomunión contra quien distrajere algún pergamino de sus archivos. Me conmueve pensar que a partir de hoy podré acercarme a esos fondos como doctor de esta universidad.

Prosigo, no obstante. ¿Qué me ha traído hasta aquí? Si lo planteo de esta forma es porque no soy consciente de haber contraído suficientes méritos para justificar la distinción que hoy me otorgan. Me siento más bien como un practicante de surf que, con cierta fortuna, ha conseguido cabalgar la ola hasta el final sin caerse, a sabiendas de que, aun habiendo precisado de mi parte algo de habilidad y un innegable esfuerzo, ha sido ella, y no yo, quien me ha llevado a la meta. No albergo dudas de que “mi” ola, o mi par de olas concatenadas, han sido la familia y mis compañeros de investigación, fundamentalmente en la Estación Biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En, y con, la familia, descubrí en mi infancia y adolescencia el campo y las maravillas de la naturaleza. A contracorriente, he de admitir que lo hacíamos de una forma que hoy se juzgaría altamente heterodoxa. Pescábamos cangrejos a mano, remedábamos anzuelos doblando alfileres, buscábamos nidos, criábamos gusanos de seda, encerrábamos renacuajos en acuarios para verlos metamorfosearse, mendigábamos recortes de cuero al zapatero para fabricar tirachinas, que llamábamos tirabeques, seleccionábamos las varas más rectas de avellano para hacer arcos y flechas, construíamos escondrijos de vegetación desde donde acechar a los animales...

Todo aquello acontecía básicamente en las largas vacaciones estivales en Sedano, al norte de Burgos, donde cada final de septiembre, tras celebrar la fiesta de Las Mercedes, nos encogía el corazón la certidumbre de que, por mucho que nuestro espíritu se rebelara, no regresaríamos allí antes de Semana Santa. En Valladolid, durante el invierno, la principal conexión con el campo era a través de las salidas de caza semanales de nuestro padre; nos hablaba del viaje de las torcaces y la llegada de las avefrías, del frío o calor que había pasado, de cuánto había caminado, de los personajes que había conocido...; y, sobre ello, traía a casa alguna perdiz, conejo o liebre, que nos encantaba diseccionar y que prometían una comida “de lujo” en aquella España aún posbélica, donde no sobraba el alimento.

Todos los hermanos varones nos mirábamos en el espejo de nuestro progenitor y aspirábamos a salir de caza con él cuanto antes, lo que solía ocurrir, como morraleros de ocasión, a partir de los 11 o 12 años, y con escopeta desde los 14 o 15. Más de un periodista se ha escandalizado en el siglo XXI cuando al preguntarme “¿de qué modo empezó usted a amar la naturaleza?” he contestado, sencillamente, “cazando con mi padre”.

Mi padre... En alguna ocasión, ya con mi carrera profesional cumplida, me han pedido que hablara del escritor Miguel Delibes como naturalista. Pensaban, probablemente, que diría que se trataba de un hombre sabio capaz de diferenciar sin equivocarse cada matojo o lagartija que surgía a su paso. No era el caso. Se trataba de una persona intuitiva, empática con su derredor, que aprendía lo que conocían labriegos y pastores. Su escuela de naturaleza no fueron los libros, sino su padre, mi abuelo, y los campos cercanos, con los hombres que vivían en, y de, ellos. No necesitó leer para darse cuenta de que escaseaban los pájaros cantores, se secaban los ríos a donde iba a pescar truchas, y desaparecían los cangrejos, afectados por enfermedades. Aquello coincidió con la época en que Félix Rodríguez de la Fuente, otra persona a la que debo mucho, invocaba al “planeta azul” en televisión, y el empeño por ayudar a conservar la vida silvestre en ese planeta se convirtió para mi padre en una obsesión. Como saben, decidió dedicar al tema su discurso de ingreso en la Real Academia Española, y casi tres décadas más tarde lo retomamos juntos en una conversación entre padre e hijo publicada con el título de La Tierra herida. Aquellos y otros afanes motivaron que, a propuesta de la Facultad de Biología (siendo, él, un hombre de letras), esta institución lo nombrara Doctor Honoris Causa hace poco más de trece años.

Me dicen que es el primer caso, en la larga historia de la Universidad de Salamanca, en que un padre y un hijo reciben este doctorado. Pueden imaginar mi orgullo, y cuánto me gustaría que Miguel Delibes Setién hubiera podido vivirlo.

También me han traído hasta aquí, sin duda alguna, todos los trabajadores y amigos de la Estación Biológica de Doñana, desde que llegara a esa casa hace prácticamente medio siglo. Me correspondió vivir en el Palacio de Doñana, de altisonante nombre, pero en realidad, entonces, un viejo caserón incomunicado y sin energía eléctrica. Allí conformábamos con guardas, caseros y unos pocos amigos naturalistas, una pequeña comunidad aislada, y, en consecuencia, pese a puntuales roces y malentendidos, estrechamente unida, tanto por la necesidad como por la excelente disposición de todos. A ella se unió en poco tiempo mi esposa Isabel, en la época estudiante de derecho, y unos años después, en circunstancias no muy diferentes, crecieron allí mis hijos Miguel y Rocío. Recordamos con enorme nostalgia aquella antigua Doñana, donde aprendí, entre muchas otras cosas, cuánto tenían que enseñarnos los viejos pobladores del Coto a los jóvenes, y tal vez pretenciosos, universitarios recién llegados; eran ellos quienes, de grado o por fuerza, habían mantenido aquellos parajes precisamente como nos gustaban, incólumes. Pero debo mucho, asimismo, a mis compañeros de generación, con los que subí en volandas a un tren, el de la Estación Biológica de Doñana, que probablemente espoleado sin pretenderlo por Carlos M. Herrera, acabaría siendo en unos lustros uno de los centros de investigación sobre ecología y biodiversidad punteros en el mundo. A partir de entonces, mis discípulos, y los discípulos de mis discípulos, que en la inmensa mayoría de los casos han llegado en ciencia más lejos que yo, han sido quienes más me han ayudado y estimulado.

Detrás de todo, permeando aquel proyecto investigador desde el origen en 1964 hasta que falleciera en 2003, estaba la enorme personalidad de José Antonio Valverde, fundador del centro de investigación, al que he tildado a menudo de personaje genial. Sus intuiciones e

interpretaciones eran brillantísimas, aunque con frecuencia renunciara a probarlas pues, decía, “me aburre hacerlo, al estar seguro de que son correctas”.

¿Sabían ustedes, por mencionar un ejemplo, que era capaz de discutir con historiadores sobre los fundamentos cinegéticos de la Reconquista? Tampoco fue un maestro normal, al menos como ahora se entiende la figura del director de tesis y tutor de una carrera científica. Cuando sus discípulos le preguntábamos algo, a menudo respondía, socarrón, “no te lo digo, porque entonces sabrás tanto como yo”. Nos obligaba a competir con él, y es que su idea, nos confesó alguna vez, era prepararnos para lidiar con dificultades, no quería que transitáramos vías sencillas. “Desguazada en la guerra, la ciencia española necesita líderes para renacer; prefiero que seáis cabezas de ratón a colas de león”.

José Antonio Valverde fue nombrado Doctor *Honoris Causa* de esta venerable casa en 1995, trece años antes que mi padre y veintiséis años antes que yo. Que tres naturalistas muy diferentes hayamos recibido este alto honor en poco más de un cuarto de siglo da idea, sobre todo, de la generosidad de la Universidad de Salamanca, pero también de la fuerza de una idea, derivada en inquietud. Con ello acabo.

Distintos animales, no solo nosotros, utilizan tecnologías, ya sea para mejorar su acceso al alimento (recordemos a los chimpancés que manipulan palos para capturar termitas, o a los monos capuchinos, que rompen semillas de anacardo con primitivos molinos de mano), ya para modificar su hábitat (como los castores que construyen presas) o para ocultarse de los depredadores (como hacen los pulpos). Modificando el derredor mejoran su éxito biológico, en el sentido darwiniano. Como bien saben, nuestra especie se caracteriza por haber ido más lejos que ninguna otra explorando ese camino. La tecnología cambia el mundo para adaptarlo a nuestras necesidades, pero no requiere entenderlo o conocer cómo funciona. Los humanos controlaron el fuego, fabricaron sofisticadas armas para cazar, defenderse y pelear, cultivaron y domesticaron, confeccionaron ropa, descubrieron el barco y la rueda, aprendieron a orientarse por las estrellas... De ese modo ocuparon todo el mundo, adaptándose a todos los climas y ambientes, y el tamaño de la población creció. No demasiado, es cierto. Estimaciones avaladas por Naciones Unidas calculan que en el año 0 de nuestra era poblaban La Tierra 190 millones de personas.

En paralelo a la urgencia de modificar el mundo para usarlo surgió la inquietud por entenderlo, por alcanzar el saber sin condicionantes utilitarios. Durante mucho tiempo las explicaciones pasaron por la magia y la mitología. En algún momento, pensadores griegos abrieron paso a una aproximación al entorno objetiva, racional, sistemática, que permitía obtener un saber verificable y, por ende, aunque impreciso, digno de confianza. Sobre esas bases se construyó la ciencia moderna a partir del siglo XVI. Desde entonces, el conocimiento científico nutre a la tecnología, que se ha desarrollado de forma exponencial, permitiendo entre otras muchas cosas mejorar nuestra esperanza y calidad de vida y completar el dominio del globo. Entre el año 0 y el año 1700 la población humana se multiplicó por algo más de tres. Entre el año 1700 y el 2021 se ha multiplicado por trece.

Lo hemos conseguido a costa de deteriorar gravemente las condiciones del planeta que nos alberga, destruyendo ecosistemas y poniendo en peligro al resto de la biodiversidad. Logramos saltar por encima de nuestros límites biológicos, pero ninguna especie puede mantener esa tendencia a largo plazo en un sistema limitado como la Tierra. Hoy, la ciencia nos deja ver sin tapujos una realidad inquietante: si queremos evitar el colapso social y económico a escala planetaria, debemos frenar. El nuevo contrato social de la ciencia, que reclamó hace unos años Jane Lubchenco, implica el compromiso de los poderes públicos para impulsar la investigación y el de los investigadores para poner sus energías y talentos al servicio de la conservación ambiental, el más perentorio de nuestros problemas. De alguna forma, esa idea llevó a José Antonio Valverde hace más de medio siglo a enfrentarse a los proyectos de destrucción de Doñana y a crear un centro de investigación. Y la misma idea, desde las Humanidades, incitó al escritor Miguel Delibes a dictaminar, hace casi 40 años, que "todo cuanto sea conservar el medio es progresar" y lo que signifique alterarlo es retroceder. Más modestamente, esa inquietud me llevó a estudiar y proteger al lince ibérico y a divulgar tanto como he podido el mensaje conservacionista. Creo entender que la Universidad de Salamanca ha premiado en nosotros ese compromiso. Y lo agradezco, en nombre propio y, sobre todo, en el de mis nietas, símbolo de generaciones que ya están aquí.

"Lo que Natura no da, Salamanca no presta", dice un célebre dicho ligado a esta universidad. Interpretémoslo de una forma inusual: si, por abusar de ella, la naturaleza dejara de ofrecernos los bienes y servicios gratuitos que nos permiten vivir, ni siquiera Salamanca podría arreglarlo.

Muchas gracias a todos.